

Salmo 130 / Ezequiel 37 1-14 / Romanos 8 1-11 / Juan 11 1-45

Cuando vi las lecturas de hoy en preparación, no te puedes imaginar lo feliz que estaba. Hoy puedo hablar de mi absoluto texto favorito.

Algunos de ustedes ahora pueden estar de acuerdo y pensar: "Sí, la historia de Lázaro también me conmueve" o "las grandes y consoladoras palabras de Pablo también me dan fuerza una y otra vez". Pero me refiero a nuestra lectura del Antiguo Testamento.

Quizá algunos de ustedes estén pensando que no se puede hacer gran cosa con la creación de un ejército de muertos vivientes y que hablar de huesos, tendones, carne y piel parece bastante tétrico. Pero hoy me gustaría contarles lo que hace que este texto sea tan hermoso para mí.

Creo que todos conocemos a personas o iglesias enteras que utilizan palabras como estas en la evangelización: "**No tienes que hacer nada, sólo tienes que decidir creer**". Para mí, esto siempre ha sido una contradicción intelectual. ¿No tengo que hacer nada, pero tengo que creer? Tengo que decidir por mí mismo, ¿no? ¿Quién es entonces mi salvador? ¿Es Jesús o mi fe? ¿En qué puedo confiar para entrar un día en la vida eterna? ¿En Jesús o en mi decisión?

No sé tú, pero yo tenía muchas dudas. Todavía tengo dudas a veces. Así que cuando pienso que es mi fe la que me llevará al reino de los cielos, hay veces en que miro mis dudas y literalmente desespero de mi fe. Con esa fe, nunca llegaré al reino de los cielos.

Pero hace años me topé con el libro de Lutero "Sobre el libre albedrío". En él describe que no tenemos que creer por nosotros mismos.

Es decir, que no podemos creer por nosotros mismos. Él mismo lo resume así en el Catecismo Menor: "Creo que no puedo creer en Jesucristo, mi Señor, ni llegar a Él por mi propia razón o fuerza, sino que el Espíritu Santo me ha llamado por medio del Evangelio, me ha iluminado con sus dones, me ha santificado en la recta fe y me ha preservado" (Catecismo Menor, Fe, tercer artículo).

Estábamos muertos en nuestros pecados y una persona muerta no puede hacer nada por sí misma. No puede ni extender su mano, ni alcanzar, ni siquiera extender su mano. Una persona muerta no puede hacer nada.

No podemos confiar en que nuestra fe nos salve. Y precisamente por eso el texto de Ezequiel, a pesar de su imaginaria aparentemente tétrica, es tan maravilloso y reconfortante. Es una representación pictórica de lo que Lutero escribe en el Catecismo Menor y en el libro "Sobre el libre albedrío".

En nuestro texto, Ezequiel ocupa el lugar del predicador y Dios le encarga que "profetice" sobre los huesos, es decir, que predique. Ezequiel predica la ley de Dios y los huesos se unen y se forman la carne y la piel.

Como Ezequiel, la Iglesia predica hoy la Ley de Dios. Pero la ley sólo da apariencia de vida. Muestra a la gente cómo deben vivir y lo que Dios espera de ellos. Pero esto sólo puede conducir a una vida exteriormente piadosa, en el mejor de los casos. Para tener una vida verdadera, todavía falta algo.

A continuación , Ezequiel debe hablar al aliento que este aliento entra en la gente. Pero ¿qué significa eso? En su conversación con Nicodemo, Jesús dice:

“El viento sopla de donde quiere, y oyes su sonido, pero no sabes de dónde viene ni a dónde va. Así es todo aquel que nace del Espíritu” (Juan 3:8)

El viento o el aliento es el Espíritu Santo. Esto viene con la segunda palabra pronunciada por Ezequiel. Es decir, con el evangelio.

“Lo que era imposible para la Ley, por cuanto era débil por la carne, Dios, enviando a su Hijo en semejanza de carne de pecado, y a causa del pecado, condenó al pecado en la carne” (Romanos 8:3)

La ley que Ezequiel predicó a los hombres no pudo dar vida a las personas. No porque la ley no sea suficiente, sino porque el hombre no es capaz de actuar de acuerdo con la ley como se espera de él. Es por eso que Dios mismo ahora viene en el Espíritu Santo y da vida a las personas.

“Y si el Espíritu de aquel que levantó de los muertos a Jesús está en vosotros, el que levantó de los muertos a Cristo Jesús vivificará también vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que está en vosotros”
(Romanos 8:11)

Así que no hay nada aquí para que ustedes decidan. No hay fe dentro de ustedes mismos. No, esta fe viene de fuera, de Dios mismo. Así que ya no tienen que preguntarse si creen lo suficiente o si se han decidido lo suficiente. Porque es Jesús mismo quien es "el principio y el consumidor de nuestra fe" (Hb 12,2). Él es quien nos da la fe. Nos la dio por el Espíritu Santo en el bautismo, nos la da en la Santa Comunión y nos la da también en su Palabra. Y es precisamente a través de estos medios como también nos sostiene en la fe. Dios mismo se lo dice a Ezequiel:

“Pondré mi espíritu en vosotros y viviréis” (Ez 37,14)

Y podemos confiar en eso. Lo que Dios habla, debe ser. Jesús proporciona esta prueba en la lectura de hoy de Juan. Cuando habla, "**¡Sal!**" entonces Lázaro se levanta, aunque estaba muerto y viene. Tan poco como Lázaro tuvo que decidir que realmente debería levantarse ahora, tan poco tienes que decidir hoy para creer. "**lo dije y lo hice, dice Jehová**". (Eze 37:14)

Jesús es "**la resurrección y la vida**". (Jn 11,25) Lo que habla, lo hace. Jesús nos dijo a cada uno de nosotros: "**¡Salgan!**" A través de Su Palabra, el Espíritu Santo obra fe en cada uno de nosotros. Si tu fe es fuerte o débil no importa. El que trajo los huesos a la vida, el que te llamó, el que te llamó a TI, tiene el poder de resucitar a los muertos. Y no sólo a una vida en el aquí y ahora, no, sino a una vida en la eternidad.

La paz de Dios, que es más alta que todo entendimiento, mantendrá sus corazones y mentes en Cristo Jesús.

Amén.